



UNO DE LOS NUESTROS

Cuando la Federación de Asociaciones Culturales de la Sierra se propuso realizar un homenaje a José M^a Medianero Hernández, se dirigió a aquellos que mejor lo conocimos y que más extensamente lo tratamos en su caminar serrano. Los miembros de la Asociación Cultural Lieva, y éste que se dirige a ustedes en particular, tuvimos con él una relación de amistad, de cariño mutuo por la Sierra, de actividad cultural y de hermandad en suma. Por ello, asumimos este reto con sentimiento, con emoción y con agradecimiento.

El recuerdo que rendimos a José M^a Medianero en las Jornadas del Patrimonio de Arroyomolinos de León no fue un acto académico por varias razones, entre ellas el que ya tuvo lugar un reconocimiento universitario y también porque hubiera sido un acto frío y distante, y José M^a no era así, no le hubiera gustado.

No obstante, es obligado destacar algunos de los méritos que atesoró este magnífico profesor universitario para ganarse un hueco en el corazón de los serranos. Desde su Sevilla natal, José María se acercó a la Sierra con un cariño especial, lo cual le hizo pateársela entera con el corazón abierto haciendo amigos y dejando huella. Huella en sus pisadas, huella en su amistad y huella también en su trabajo investigador. A José M^a debemos dos de las publicaciones que con mayor singularidad y acierto muestran el patrimonio serrano. Sus estudios y ediciones sobre los empedrados decorativos de la comarca y sobre las fuentes y lavaderos de la zona, publicados por la Diputación Provincial de Huelva, le hicieron merecedor de un amplio reconocimiento académico y le supusieron la admiración de todos los que amamos la cultura serrana.



Así que, pensando en la dimensión de la ocasión, diseñamos un acto cálido y emocionado, para lo cual, nada mejor que contar en aquel momento entre nosotros con sus seres más queridos. La participación de M^a Angeles, su esposa, fue para nosotros determinante, ya que en todo momento estuvo dispuesta a colaborar, tanto presencialmente con el resto de su familia, como a través de un sencillo texto que quedará ya para siempre en el rico archivo documental de las Jornadas.

Ella nos ayudó a recordar a su marido, sus rasgos más definitorios. Como por ejemplo, su sencillez, tenía un trato agradable, nada distante. Era, como nosotros decimos, campechano. Casi tímido, Maribel Rivas siempre me cuenta que cuando iba a su casa en Cortelazor entraba pidiendo perdón por las molestias, cuando en realidad había que agradecerle cada una de sus visitas por todo cuanto te aportaba.

José María era amistoso, con un apretón de manos distinto, con estilo propio, demostraba el cariño que trasladaba a todo aquel que tenía la fortuna de saludarlo. Este cariño se transformaba en familiaridad, ya que enseguida emparentaba con la gente, lo cual le sirvió para calar muy hondo entre nosotros, que somos gente abierta a todo aquel que viene con buena fe.

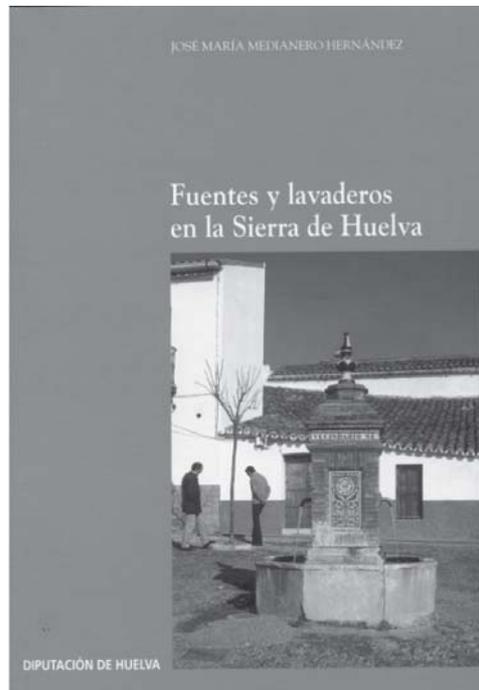
Podría haber sido engreído y petulante, ya que poseía formación y cualidades para haber presumido de ellas. Sin embargo, siempre tenía palabras humildes, siempre reconocía lo bueno de los demás, siempre se acordó de sus allegados. Valga como ejemplo que, en casi todas las intervenciones que le conozco citaba a sus amigos, a sus informadores, a los que le abrieron las puertas de la Sierra. En sus dos libros nos cita a mí, a Eloy García, a Blanca Candón,..., incluso a sus antiguos alumnos, como el cachonero Pedro Vázquez. Especialmente destacable fue su decisión de dedicar sus libros serranos a cada uno de sus hijos, el de los empedrados a Alejandro, y el de las fuentes a Carlos, el pequeño.

Siempre lo recuerdo con su cámara de fotos al hombro y su cajita de diapositivas para ver el resultado de su día de trabajo, de su día en el campo. José María debía tener cientos de fotos de la sierra, pero cuando estuvimos localizando imágenes para elaborar el audiovisual que se ofreció a los asistentes al homenaje, no obtuvimos demasiadas para seleccionar porque él, en otra muestra de generosidad, retrataba el entorno, retrataba a los demás, nunca a sí mismo.

Su vinculación con la Sierra y su patrimonio comenzó en Alájar, durante unas vacaciones de verano con su familia, con excursiones continuas a Aracena, verdadero imán para nuestro amigo. Después, vinieron sus visitas a esta ciudad, su echar el día en la Sierra, su “andar por los montes” (como llamaba al senderismo), su amistad con muchos serranos de a pie y otros tantos que le descubrieron otros sitios, otros pueblos.

Todo ello le hacía tener una concepción del arte que va más allá de lo académico, de lo elitista. Llegó a decir que si el Arte es la expresión del hombre, también lo es la del pueblo. Tenía, pues, una cercanía natural hacia lo popular

Esto le llevó a investigar dos temas muy nuestros aunque algo alejados de lo técnicamente correcto: los empedrados y las fuentes y lavaderos. Eran dos temas que estaban ahí, que languidecían entre la falsa modernidad y la desidia de cuantos tenían



la obligación de velar por su conservación. Era patrimonio popular, emanado del pueblo y José María Medianero los incluyó en el catálogo culto, los vinculó al patrimonio con mayúsculas.

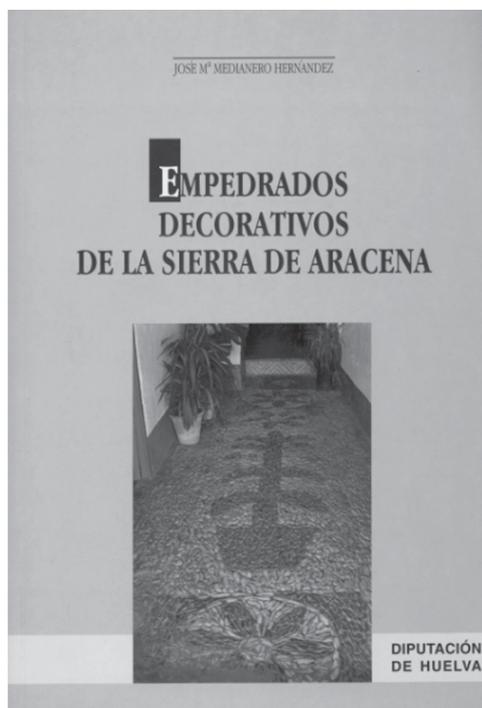
José María y el Pueblo

El Pueblo para José María era, pues, el fundamento de su trabajo serrano. Recuerdo uno de los viajes por la Sierra en los que le acompañé, en el que recorrimos confines que ni yo mismo conocía. Anduvimos por aldeas alejadas de las rutas turísticas habituales, como Las Cefiñas, Monte Puerto, Los Andreses, Puerto Lucía, Los Bravos, ... en busca de lavaderos y fuentes abandonados.

En uno de ellos, en el de Las Cefiñas, coincidimos con una mujer mayor que estaba lavando su ropa allí, creo recordar que se llamaba Rosario. Esta mujer nos dijo que ella tenía lavadora automática en casa, pero que de vez en cuando sentía necesidad de recordar sus tiempos mozos y de ir a restregar la ropa contra las lanchas del lavadero de toda la vida. Fue allí, creo, cuando José María se dio cuenta de que el mejor patrimonio que tiene la sierra son sus gentes.

Le pasaba lo mismo que a muchos serranos que hemos dedicado parte de nuestras vidas a destacar el patrimonio humano con que cuenta nuestra comarca. Cuando la Asociación Lieva, por ejemplo, sacó a la luz el libro "La Sierra Oculta", no incluimos fotos de la Gruta de las Maravillas, la Mezquita de Almonaster o el Castillo de Cortegana, sino de los rincones ocultos al turista ocasional, de las tradiciones que muestran la verdadera identidad de la sierra, de aquellas situaciones que sólo llega a conocer el que se entra en nuestra casa, el que se adentra en nuestras fiestas y llega a ser uno más. José María era de éstos; para él, los serranos eran el Pueblo, con mayúsculas.

Como Francisco Sánchez Vargas, empedrador de Almonaster, y que tanto enseñó a nuestro amigo el profesor. Fueron muchas las horas que echó junto a él y junto a otros muchos a los que escuchaba apasionado, como quien asistía a una conferencia magistral de algún premio Nobel. Como a mi tía Maruja, de Galaroza, a quien visitaba



para fotografiar al magnífico empedrado que tenía en el zaguán de su casa; la pobre le decía que lo iba a quitar porque su casa se estaba cayendo y José María le decía que no lo hiciera. La convenció, porque al final tuvo que restaurar su casa por necesidad, pero salvó el empedrado que hoy luce todavía al entrar en ella.

José María y las Jornadas

Su vinculación con las jornadas fue extraña, ya que no fue muy extensa y sin embargo tomó un cariz muy intenso. Enseguida se imbuyó del espíritu que este evento ha conseguido mantener a lo largo de los años. Las Jornadas han querido mostrar un espíritu familiar que algunos aún intentamos mantener y José María entró enseguida a formar parte de nuestra familia.

No se limitó a participar como ponente en dos de sus ediciones, sino que se vinculó a los pueblos organizadores, aportó datos y colaboró en iniciativas locales más allá de las jornadas. Incluso se implicó en aquella vieja polémica acerca de los nombres de la comarca y aportó importantes artículos a revistas como las de "El Zorro Sapiens", editada por el Ayuntamiento de Cortelazor y la Asociación Cultural Estaforina, o "Rumor de Aguas" impulsada por la Asociación Al-Jaroza, de Galaroza.

El mejor ejemplo de cuanto os estoy diciendo es el empeño que puso José María por recuperar el patrimonio de nuestros pueblos como el caso de Cortelazor. Lo recuerdo perfectamente intentando convencer a Blanca Candón, la entonces alcaldesa, de que sustituyera la fuente de la plaza principal del pueblo por otra inspirada en la preciosa fuente anterior a ella. Debatir con Blanca es todo un placer por su talante y su humanidad, pero a José María debemos en buena parte la insistencia para que, tras salvar muchas trabas y problemas, hoy la plaza de Cortelazor luzca una fuente mucho más nuestra.

Aquellos años incluso tuvo tiempo para analizar el patrimonio serrano desde otras vertientes y para proponer proyectos de gran interés que se quedaron guardados



en el cajón a pesar de su originalidad y de su vigencia. Como ejemplo, aquella propuesta de creación de un Conjunto Histórico-Cultural-Ambiental en la Sierra que presentó en un Congreso de Ciudades históricas celebrado en Mérida en 1997. O el de la creación de una junta o consejo regulador que controlase las distintas figuras de protección que se aplican al Parque Natural, para evitar situaciones preocupantes que hoy se muestran peligrosas, como la presión urbanística o la destrucción del patrimonio rural.

Incluso su muerte tuvo la ocurrencia de coincidir con la celebración de las Jornadas de Patrimonio de 2006 en Cortegana. Eloy García y yo teníamos que ofrecer una ponencia sobre el patrimonio industrial y su recuperación por parte de la Asociación Lieva, y recibimos la noticia como un jarro de agua fría. Lo primero que hicimos fue dedicar nuestra intervención a José María y declararlo como “Uno de los nuestros”.

José María Medianero: Uno de los Nuestros

No es un título cualquiera. A lo largo de los años se han acercado a las jornadas cientos de personas, de profesores universitarios, de expertos en multitud de materias patrimoniales. Han sido muchos los que se olvidaron enseguida de la sierra, los que salieron hacia sus puntos de origen y no volvieron más a vernos y a compartir con los serranos sus vidas. José María no fue así, estuvo con nosotros y sigue estándolo, en el recuerdo.



Las Jornadas han vivido muchos episodios a lo largo de sus más de dos décadas de existencia. Las asociaciones organizadoras han sabido mantener un espíritu de familiaridad y amistad, más allá de determinados intentos de ruptura felizmente superados. Por eso, sabemos ser generosos con la gente que se nos ha acercado con sinceridad.

Recuerdo el primer homenaje póstumo que tuvimos que realizar desde este foro. Se trataba del catedrático de arqueología madrileño Fernando Piñón Varela. Hablo de hace muchos años, en 1989, cuando le agradecíamos su dedicación a estas tierras a pesar de la distancia. La vinculación de Fernando siguió viva gracias a aquel homenaje y a la labor de su viuda, Susana Fernández, quien posteriormente colaboró en diversos momentos con nosotros.



Más recientemente, tuvimos la triste oportunidad de llorar a otro gran serrano que había rendido un gran trabajo desinteresado en favor del patrimonio de nuestra comarca. Aún nos emocionamos al recordar a Tomy, el gran fotógrafo, el político, el amigo Tomás Martínez.

Y hoy, las asociaciones serranas tienen el honor de seguir engrandeciendo el panteón de personas ilustres a las que tanto deben, al recordar y rendir tributo a José María Medianero Hernández, uno de los nuestros.

Para terminar con estas letras, torpes e impotentes, pero agradecidas y emocionadas, preferimos dejar la palabra a su esposa M^a Angeles, quien, mucho mejor que nosotros, supo expresar lo que sentimos los serranos hacia nuestro viejo amigo:

“Desde aquí, donde desarrolló parte de su trabajo más cercano, en este marco tan querido para él, como fue el de la sierra, el mejor testimonio en nuestra memoria es su recuerdo, tanto en su obra como en la esencia de su persona, que nos ha quedado para siempre”.

Antonio F. Trisancho
Asociación Cultural Lieva
Galaroza, a 1 de Mayo de 2006



Ponencias

